

LUPA

EMPRESARIAL

- ⦿ **Juego en hipermedia:** la experiencia estética en el aprendizaje
- ⦿ **PHI:** Challenges and innovation within the University
- ⦿ **Estrategia de la política exterior argentina del gobierno de Mauricio Macri hacia los países de la Unión Europea:** ¿nuevos roles a los socios de siempre?
- ⦿ **Lo que aprendí viviendo**
- ⦿ **¿Qué es el hombre?** Una aproximación filogenética al “animal que habla”
- ⦿ La importancia de las **ciencias humanas en la administración**



No - 19
Septiembre
2018

ISSN: 1900-2459

¿Qué es el hombre? Una aproximación filogenética al “animal que habla”

Víctor Jaime Saldarriaga Romero *

RESUMEN

¿Qué es el hombre? Para dar respuesta a esta incógnita sobre el hombre es necesaria una aproximación multidisciplinaria desde las ópticas biológica, neurológica, psicológica y social, que contemplan aspectos desde la filogenética, así como de la ontogenética del ser humano, ya que desde una exclusiva dimensión no se podrá responder de forma apropiada en su totalidad esta cuestión. Sin embargo, la presente síntesis pretende solo ofrecer una respuesta aproximada a la pregunta desde una perspectiva filogenética que nos permita acercarnos a las bases de lo que verdaderamente somos como especie.

Palabras clave: especie humana, hombre, filogenética.

* Investigador del grupo Orygen, Escuela de Negocios, Fundación Universitaria CEIPA. Negociador Internacional de la Universidad EAFIT. Magíster en Finanzas de la Universidad EAFIT. Magíster en Administración de Empresas con Especialidad en Dirección de Proyectos de la Universidad Viña del Mar, Chile. Estudiante de Doctorado en Administración de la Universidad EAFIT.
Correos electrónicos: victor.saldarriaga@ceipa.edu.co ,vsaldar1@eafit.edu.co

Introducción

El hombre como “animal que habla” (Chanlat y Bédard, 1990) es el resultado de diversas transformaciones, anatómicamente predominantes en sus inicios, y socialmente desarrolladas en sus antepasados más recientes, todas ellas le permitieron evolucionar desde la especie animal hacia la especie humana. Estos cambios son el resultado de un intrincado y largo proceso de adaptación a diversas necesidades y a condiciones complejas externas, a las que las especies se fueron exponiendo en el desarrollo de su vida y en la búsqueda de su supervivencia.

Manifestaciones físicas y psíquicas, como los reflejos, jugaron un papel fundamental en la aparición del hombre, ya que, como lo manifiesta Pavlov, los reflejos son la base fisiológica de la adaptación, ellos son elementos de ajuste constante del organismo con respecto al medio que lo rodea (citado por Pierre Klotz, Roelens y Le Guillant, 1957).

¿Qué es el hombre? es una pregunta inquietante que plantea la necesidad de enunciar conceptualizaciones claves de los autores que han dedicado parte de sus estudios a dar respuesta a esta inquietud, autores que van desde valorar diferentes elementos que propiciaron el origen del hombre, hasta llegar a lo que consideramos hoy el hombre moderno con sus características predominantes que lo diferencian de sus antecesores, entre ellas su “capacidad social” y su “capacidad de lenguaje”.

Del mar a la tierra: origen primitivo del hombre

Es importante considerar que el hombre moderno es el resultado de una lenta evolución y adaptación anatómica que tomó millones de años, lo que hace necesario tener presente toda su herencia evolutiva en la intención de dar una respuesta actual a la pregunta -sin una respuesta definitiva- ¿Qué es el hombre?.

Antes del surgimiento del hombre moderno y sus descendientes más cercanos, hace aproximadamente 10 millones de años, fueron necesarios otros miles de millones de años de evolución, en los que organismos unicelulares presentes en el mar, pudieron amalgamarse y dar origen a nuevos organismos más complejos y con mayor capacidad de adaptación. Hass (1987) explica el proceso evolutivo de las diversas especies en el planeta. Es bastante revelador cómo hace aproximadamente 2.000 millones de años únicamente existían en el mar organismos unicelulares, los cuales con el tiempo fueron formando conglomerados y organismos un poco más complejos. Estos organismos primitivos y pluricelulares lograron iniciar un proceso de especialización y asignación de diferentes funciones necesarias para su supervivencia, como la obtención de alimento, su protección y reproducción, entre otras actividades, que hoy son características básicas del hombre y de las demás especies animales.

Más tarde, en este proceso, estos organismos fueron los predecesores de especies marítimas más complejas como algunos gusanos que posteriormente evolucionaron a peces. Estos últimos, descendientes de organismos pluricelulares, lograron varios pasos evolutivos trascendentales en el origen del hombre, entre ellos encontramos el desarrollo de aletas dorsales y de pulmones que les permitieron, inicialmente, pisar la tierra por cortos periodos de tiempo.

En su evolución, los peces lograron una estabilización y una mejora importantes en su desplazamiento, factor radicalmente significativo para poder alcanzar aguas más dulces y lejanas. Así mismo, algunos de estos peces desarrollaron pulmones gracias a la existencia de su intestino, lo que les permitió sobrevivir en condiciones más secas y, al mismo tiempo, poder explorar fuera del mar o de las aguas dulces en la búsqueda de otras aguas y de alimento.

Esta evolución anatómica de los peces fue clave en la aparición de algunas especies terrestres, ya que, al desarrollar pulmones se hacía cada vez menos necesario el retorno al medio acuático. “De este modo, algunos peces evolucionaron hasta convertirse en organismos terrestres, convirtiéndose así en los antepasados de los anfibios y, más adelante, de los reptiles, las aves, los mamíferos y el ser humano” (Hass, 1987).

Del mar a la tierra: origen primitivo del hombre

Aunque hoy se reconoce que la liberación de las manos es el fenómeno evolutivo anatómico más importante del origen del hombre moderno, y que probablemente a ello la especie humana le debe su inteligencia, es importante reconocer que esto no pudo ser posible sin la aparición y evolución previa de las extremidades o aletas de los peces.

Los peces, que cada vez iban haciendo de la tierra su hogar, requirieron un proceso evolutivo anatómico bastante importante, este proceso exigió no solo un mayor desarrollo pulmonar, sino que fue necesario el desarrollo de una columna vertebral que uniera las aletas traseras y delanteras las cuales, posteriormente, se convirtieron en patas (delanteras y traseras), permitiendo una mayor movilidad, mayor agilidad en la consecución de alimento y, por supuesto, la conquista y la expansión hacia nuevos territorios, marcando posiblemente una “irreversibilidad de la evolución” hacia el hombre, o, por lo menos, en alguna de las especies. Es así como Hass expone que:

Todos los anfibios actuales son descendientes de antepasados que hace 360 o 340 millones de años surgieron a partir de peces. Una parte de ellos se alejó de la vida acuática y se transformaron en los animales que designamos con el nombre de reptiles, (...). El embrión ha de transformarse en su interior en un animal joven apto para la vida en tierra firme. (...) Dentro de este grupo encontramos también especies que regresaron al mar. (1987).

Es así como, sin este proceso evolutivo, tal vez la existencia del hombre no hubiera sido posible como hoy la conocemos. Es importante tener presente que, desde sus inicios, la evolución de las especies estuvo marcada e influenciada por diferentes fenómenos que exigieron una mayor adaptabilidad, elemento indispensable para lo logrado en relación con el desarrollo anatómico de las especies hasta llegar a lo que hoy consideramos como un hombre moderno. Este escenario nos lleva a preguntarnos si sería posible la existencia del hombre moderno, sin la existencia de cambios en el entorno para que las especies del momento evolucionaran y siguieran el camino hacia el origen del hombre moderno.

Sin duda alguna, la evolución de las especies, hasta llegar al hombre, le debe en parte su avance a diversos factores externos, es por esto que investigadores como Coppens et al. (1997) manifiestan que “la evolución, en efecto, es un asunto de acontecimientos, y estos suelen ser medioambientales”, y como lo expresan Pierre Klotz et al. (1957) “la causa primera de todo acto humano está fuera del hombre”.

Entre los fenómenos que impulsaron la evolución y exigieron la adaptación de los seres vivos, se presenta no solo el agrupamiento de organismos unicelulares, la posterior especialización de organismos pluricelulares en algunas actividades propias de los seres vivos, sino también la conquista de la tierra, la que sería testigo de una importante fase evolutiva de las especies y que marcó el “momento estelar, hace 10-8 millones de años, cuando nuestro antecesor simio abandonó los árboles de la selva y pasó a vivir en la estepa” (Hass, 1987). Este acontecimiento propició que este mismo antecesor tomara una posición erguida, logrando, de este modo, la liberación de las manos a la esclavitud de la tierra, y una vista mucho más periférica, dando por segura la supervivencia de la especie frente a la “sabanización” de las tierras.

Es así como el bipedismo se considera uno de los fenómenos clave en la aparición del hombre, ya que liberaba las manos de la función locomotora y permitía el desarrollo de extraordinarias habilidades manipuladoras, permitiendo el desarrollo de un método de recolección de alimentos y una mayor facilidad para cubrir territorios en la búsqueda de los mismos (Lewin, 1986), sin embargo, esto no pudo darse por sí solo, fue necesario un importante desarrollo cerebral en la especie.

Del simio al hombre

Como lo afirma Lewin (1986) “el principal paso evolutivo de los seres humanos pudo ser el cambio anatómico que permitió a un antropomorfo quedarse y buscar alimento en un terreno no apto para un antropomorfo”, esto no solo involucra la adopción de la marcha bípeda sino también cambios óseos en las mandíbulas, en el cráneo así como en su alimentación y postura. El desarrollo del cerebro marcó una nueva fase en el origen del hombre. El cerebro le dio la capacidad al cuerpo humano de estar permanentemente informado de lo que ocurría dentro y fuera de él y, de esta forma, actuar en consecuencia, lo que permitió a la especie del pre-hombre mejorar constantemente y cualitativamente la relación con su entorno (Ronquillo, 1985).

Este órgano (el cerebro) poseedor de unas células altamente especializadas (neuronas y su proceso de sinapsis), tuvo que pasar por tres estadios evolutivos importantes que contemplan características similares, físicamente hablando, a las de los reptiles en su primera fase, a las de los mamíferos iniciales en la segunda y a las de los mamíferos más evolucionados, en la tercera.

Esta evolución permitió alcanzar un sistema nervioso altamente desarrollado que le dio al hombre la capacidad de diversas conductas variables con respecto a la repuesta, ya que podía seleccionar una acción (capacidad de elección) entre diversas posibilidades (Ronquillo, 1985), lo que se constituye como una capacidad clave en la diferenciación del hombre moderno con el animal, evolucionando y permitiendo una gran flexibilidad y mayor capacidad de adaptación (Smith, 1981).

El desarrollo del cerebro y su sistema nervioso central permitió, además, un refinamiento de los sentidos. La evolución y la interconexión de la mano y el ojo en el hombre trajeron aparejada la capacidad inventiva y de sociabilidad, la cual se manifestaba en la apropiación de métodos, la invención de la técnica en la producción de herramientas y utensilios, un cambio de dieta en los predecesores de la especie humana e, incluso, manifestaciones de arte y relaciones propiamente dichas de sociedad. La visión se desarrolla y supera al olfato, al mismo tiempo que pequeños primates ensayan iniciales comportamientos sociales, la comunicación por mímica y señales o sonidos modulados (Coppens, Simonnet, Reeves y De Roasnay, 1997).

De igual forma, el proceso que dio paso a la conquista de las sabanas hizo que “la adaptación a la sequía significara una modificación de las vías respiratorias y un descenso de la laringe. (...) Esto permitió, con el establecimiento de las cuerdas vocales, (...) mayor movilidad a la lengua” (Coppens, Simonnet, Reeves y De Roasnay, 1997), hecho evolutivo de gran importancia que propició, no solamente poder establecer relaciones sociales, sino también la aparición del lenguaje como característica propia del hombre moderno. A este antropomorfo solo le tomó alrededor de 9.9 millones de años hacer uso del fuego y, de ahí en más, un proceso acelerado de evolución no solo física sino también mental, para llegar a lo que hoy consideramos que es el hombre en su definición más básica, quien puede tener alrededor de 100.000 años.

¿Qué es el hombre?

El nacimiento del hombre moderno (*Homo Sapiens Sapiens*) propiamente dicho (hombre civilizado), tiene su origen en el continente africano hace aproximadamente siete millones de años (hombre bárbaro), quien pasó por diferentes etapas o grados evolutivos (*Habilis, Erectus, Sapiens...*) y logró convertirse en el hombre moderno.

Estas etapas ponen de manifiesto que el origen del hombre no obedece únicamente a cambios anatómicos (bipedismo, desarrollo de la mandíbula, aumento de la capacidad craneal y desarrollo cerebral, uso de las manos como extensión del cerebro, entre otros aspectos) en una evolución de millones de años desde los animales, también obedece a una transformación y a un desarrollo de otro tipo de habilidades más allá de la adaptabilidad y la invención, capacidades propias del ser humano tales como su “conciencia” -que da origen a la reflexión-, al arte como proceso progresivo, la planeación, la elaboración de estrategias y una buena capacidad de abstracción.

Su “capacidad social”, como resultado de la relación social entre seres cada vez más inteligentes y, por supuesto, su “capacidad de lenguaje” que posibilitó no solo la comunicación, sino la abstracción, el pensamiento simbólico, la significación y la reflexión, la capacidad de imaginar el otro mundo, la ritualidad y el preguntarse por el universo, entre otros aspectos; permitieron al hombre moderno “el ascenso desde las profundidades de la bestialidad a las alturas de la civilización humana” (Lewin, 1986).

En el pre-humano se puede identificar una organización social, estos antepasados, andaban en manada, vivían en grupos (pequeñas familias), sobrevivían en grupo, cazaban juntos, recolectaban y comían juntos, viajaban juntos, organizaban sus tareas y por “primera vez, aparece un individuo que comparte, que evidencia su participación en una forma de organización social” (Coppens, Simonnet, Reeves y De Roasnay, 1997).

Todo esto permitió el desarrollo, hace aproximadamente 4.000 años, de una cultura en la que se pueden identificar el descubrimiento de la agricultura, la crianza de animales, el deseo de la propiedad y la necesidad de defender el patrimonio en el hombre, adicionalmente, se fortalecen las relaciones entre madres e hijos y se inicia un proceso importante del crecimiento de la población (Coppens, Simonnet, Reeves y De Roasnay, 1997).

Es así como un enfoque filogenético hace posible identificar un sinnúmero de elementos que ayudan a dar una respuesta parcial a la pregunta ¿Qué es el hombre? Teniendo en cuenta lo anterior, podemos decir que el hombre es un ser con un desarrollo anatómico y cerebral con conexiones sinápticas altamente especializadas, las cuales le han permitido evolucionar a un ser consciente de él mismo, de los otros, del medio y del tiempo, es un ser que se relaciona con el otro y crea cultura, es un ser que se pregunta por su papel en el universo, es un ser con emociones y sentimientos, además de que es un ser en constante búsqueda por su reconocimiento frente al otro o, simplemente como lo expresa Smith (1981), los humanos difieren de otros animales por su poder aumentado de raciocinio. Pero esto no es suficiente, es importante reconocer que el hombre es un ser con lenguaje, aspecto fundamental para diferenciar al hombre de los animales. Pierre et al. (1957) explican que, además del

sistema de señales directas (sensitivas, sensoriales cinetésicas, etc.) que son comunes en el animal y en el hombre, este último cuenta con un segundo sistema propio constituido por señales verbales.

En la búsqueda por definir al ser humano, Georges Gusdorf señala que “el hombre es el animal que habla” (citado por Chanlat y Bédard, 1990). De igual manera Chanlat et al. (1990) expresan de forma contundente, refiriéndose al hombre, lo siguiente:

Todas las especies animales poseen códigos de señales más o menos elaborados para comunicarse, pero ninguna tiene acceso a un verdadero lenguaje, instrumento de las facultades, específicamente humanas, de la abstracción y la generalización. El hombre es ante todo un “homo loquens”; construye su mundo a través del lenguaje y el espacio humano es, en esencia, un universo de palabras. Emile Benveniste constata que ‘es un hombre hablante el que encontramos en el mundo, un hombre que habla a otro hombre, y el lenguaje entraña la definición misma del hombre’. Con el lenguaje el hombre accede a la facultad de simbolizar, es decir, a la facultad de representar lo real por un “signo” y de comprender ese “signo” como representación de lo real. Es, por consiguiente, la facultad de establecer una relación de “significación” entre dos realidades distintas, una concreta, la otra abstracta. Ahora bien, es de esta posibilidad de ‘manejar los signos de la lengua de donde nace el pensamiento’. Esta conquista decisiva sobre la facultad de abstracción dará al hombre la posibilidad de tomar posesión del universo y transformarlo.

La *palabra* es a la constitución del sujeto, lo que el *lenguaje* es a la definición de la *especie* humana, pues es a través de ella y de isitudes que se construye la existencia personal. Toda persona necesita de otra para “venir” al mundo y desarrollarse pues “el yo existe solamente en la reciprocidad con el otro y, en realidad, el yo aislado no es más que una abstracción”. De otra parte, “la identidad de cada uno se constituye progresivamente desde el nacimiento al ritmo de sus interacciones con su madre, los demás miembros de su familia, sus amigos y todos aquellos que posteriormente encuentra en el curso de su vida”.

Es esta última capacidad de lenguaje, la que le da la característica final al hombre y que lo diferencia de otras especies. Sin embargo, es importante señalar que el hombre obtiene un lenguaje heredado, ya que todo humano al nacer encuentra una lengua constituida que lo espera (Chanlat y Bédard, 1990), un lenguaje con manifestaciones escritas y no escritas (Benveniste, 1999) y que se convierte en la clave de otra capacidad propiamente humana, la capacidad de entrar en relación con los demás, de potencializar la coexistencia entre los seres humanos, ya que sería simplemente imposible su coexistencia, si las reglas de ese grupo social no fueran aprendidas y seguidas (Chanlat y Bédard, 1990).

Conclusiones

El hombre es un ser resultado de miles de millones de años de diferentes procesos de evolución anatómica pero también de su capacidad social y de lenguaje, que se fueron manifestando en la medida en que se presentaron diferentes aspectos físicos y psíquicos en el hombre y sus antepasados impulsados por su entorno.

Aspectos como la adaptación, la necesidad de supervivencia, el agrupamiento de organismos y su especialización, entre otros factores, fueron claves en este proceso, sin embargo, es generalmente aceptado que el principal fenómeno evolutivo que dio origen al hombre fue la liberación de las manos en sus antepasados al presentarse la posibilidad de caminar de forma erguida, lo que permitió desarrollar nuevas habilidades manuales en la especie y una exigencia mayor en su desarrollo cerebral que le abrió la posibilidad de relacionarse de otra forma con el medio.

Como resultado de esta transformación, nace la especie humana, caracterizada por su capacidad social y de lenguaje, lo que le permitió la comunicación, la abstracción y otras competencias propias de la especie.

Estas son respuestas parciales a la pregunta ¿Qué es el hombre?, ya que solo contempla una aproximación filogenética al problema, lo que hace necesario que se exploren otras aproximaciones de disciplinas o enfoques como el ontogenético que permita comprender de forma más amplia y multidisciplinar el asunto en cuestión.

Referencias

Benveniste, E. (1999). *Problemas de lingüística general*. Madrid: Siglo XXI.

Chanlat, A. & Bédard, R. (1990). *La administración: una cuestión de palabra*.

Recuperado de :

https://isabelportoperez.files.wordpress.com/2012/03/17-la_administracion_una_cuestion_de_palabra.pdf

Coppens, Y. ; Simonnet, D. ; Reeves, H. & De Roasnay, J. (1997). *La más bella historia del mundo* (Los secretos de nuestro origen). Barcelona: Anagrama.

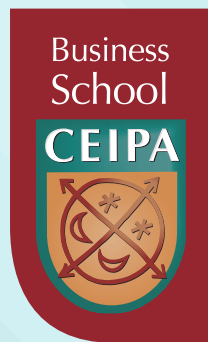
Hass, H. (1987). *Del pez al hombre*. Barcelona: Biblioteca Científica Salvat.

Lewin, R. (1986). *Evolución humana*. Barcelona: Biblioteca Científica Salvat.

Pierre Klotz, H.; Roelens, R. y Le Guillant, L. (1957). *La noción de reflejo: el aporte de Pavlov al desarrollo de la medicina*. Buenos Aires: Editorial Psique.

Ronquillo, J. (1985). *El cerebro*. Madrid: Aula Abierta Salvat.

Smith, C. (1981). *El cerebro*. Madrid: Alianza Editorial.



LUPA

EMPRESARIAL

No - 19 Septiembre 2018